


**UNR**

**Facultad de Psicología**

Trabajo Integrador Final

# “El tras - tocamiento del tiempo como condición necesaria para la reescritura de la historia en un análisis”

Ensayo

Autora: Milagros Malé

Legajo: M - 6364/9

DNI: 43.579.346

Docente Responsable: Celeste Ghilioni

Año 2026

**Agradecimientos**

A mi familia, que me enseñó qué significa “dar lo que no se tiene”.

A Andrea, mi analista, con quien llevo años de reescritura.

A los amigos que hice en el recorrido, y al recorrido al que ellos me llevaron.

A la profesora Celeste Ghilioni, que sembró preguntas a las que volver.

A mis amigas de la vida, ángeles con campera.

A la Universidad Nacional de Rosario, promotora y testigo de un crecimiento incalculable.

**Índice**

Resumen y Palabras claves ……..……..……..… 3

Introducción ……...……..…. 4

Desarrollo…….……..…….6

Encadenamiento significante y retroacción…….…….…….....6

Repetición y puntuación …….…....8

Fijación y ficción ……...….12

Reflexiones finales …….……...15

Referencias bibliográficas……..…17

**Resumen.**

El presente trabajo indaga de qué modo el trastocamiento de la temporalidad en la experiencia analítica constituye una condición de posibilidad para la reescritura de la historia en un análisis. Se parte de la premisa de que el psicoanálisis no opera sobre un pasado objetivable, concebido como una sucesión cronológica de hechos, sino sobre una temporalidad en la que el pasado se construye en el presente desde un después. A partir de un recorrido conceptual, se examinan nociones como retroacción, repetición, fijación, puntuación y futuro anterior para mostrar que el movimiento que se da dentro de un análisis no depende de la recuperación de una verdad oculta, sino de una relectura de las huellas significantes. Posteriormente, se aborda la narración como la operación mediante la cual esas huellas se articulan en una historia, señalando que la reescritura analítica no consiste en producir una narración cualquiera, sino en reorganizar retroactivamente el sentido de lo vivido. Finalmente, mediante el neologismo lacaniano fixión se sostiene que dicha reescritura encuentra su límite en las fijaciones significantes que insisten para cada sujeto, lo que impide reducirla a una ficción arbitraria. En este sentido se concluye que el tras - tocamiento de la temporalidad no modifica los acontecimientos del pasado, sino la posición desde la cual el sujeto queda implicado en ellos.

**Palabras claves:** tiempo, narración, historia, reescritura, ficción.

**Introducción**

¿Qué ocurre cuando el tiempo deja de comportarse como una sucesión ordenada de hechos o momentos? En “La persistencia de la memoria”, Salvador Dalí ofrece una imagen capaz de condensar esa pregunta. Los relojes se deforman, pierden la rigidez que habitualmente les atribuimos y, sin embargo, continúan marcando una hora. No se trata de la desaparición del tiempo, sino de su trastocamiento. Es precisamente esta lógica la que interesa al psicoanálisis.

El tiempo del decir en el espacio analítico no se rige por la cronología de los hechos vividos. Lejos de aprehender un pasado objetivable, un análisis pone en juego una temporalidad en la que pasado, presente y futuro se entrecruzan. Un tiempo en el que la sucesión lineal de los acontecimientos vacila. En esta trama, el sentido no está dado de antemano. Se constituye desde un después que vuelve sobre lo vivido y lo tras - toca, haciendo posible una nueva lectura de la propia historia.

No es extraño que, en el curso de un análisis, un analizante diga "esto lo supe siempre" o "nunca lo había pensado". Lejos de constituir una contradicción, estas formulaciones ponen de manifiesto una temporalidad que no se organiza por el cuándo de los acontecimientos, sino por los efectos del decir. Es allí donde un después introduce un antes que hasta ese momento no existía como tal, tras- tocando retroactivamente el sentido de la propia historia.

Desde esta lógica, la operación analítica no consiste en recuperar un pasado ya escrito, sino en hacer posible su reescritura. Retroacción, repetición, fijación, futuro anterior y puntuación son algunos de los modos en que Freud y Lacan nombran esta alteración de la temporalidad.

Ahora bien, si el pasado puede adquirir nuevas significaciones, resta aún precisar por medio de qué operación ello se vuelve posible. ¿Bajo qué condiciones una historia puede escribirse de otro modo? ¿Qué distingue esa reescritura de una mera ficción arbitraria?.

Responder a estos interrogantes exige considerar el lugar de la narración en la experiencia analítica. Dicha reescritura no se produce por el simple hecho de relatar una historia, sino por los efectos que la narración introduce. Sólo allí donde la repetición es puntuada y donde una lectura retroactiva conmueve las fijaciones que organizaban la historia del sujeto, puede abrirse la posibilidad de escribirla de otro modo.

En este punto, la noción de narración ofrece una vía fecunda para pensar cómo el tiempo se configura narrativamente, en tanto la experiencia temporal sólo adquiere inteligibilidad al ser articulada. Sin embargo, desde el psicoanálisis, no alcanza con afirmar que la narración organiza la experiencia temporal. Es necesario que la

temporalidad se encuentre trastocada para que la narración pueda dar lugar a una relectura del pasado y a la producción de nuevos sentidos.

En este aspecto, a lo largo del trabajo se propone indagar cómo el trastocamiento de la temporalidad está vinculado necesariamente a la posibilidad de una reescritura de la propia historia en un análisis. Para ello, se abordará, en primer lugar, la lógica temporal propia de la experiencia analítica. Luego, el modo en que el encadenamiento significante, la repetición y la puntuación hacen posible una relectura retroactiva de la historia. Finalmente, se propondrá la noción lacaniana de *fixión* como una vía para pensar por qué esa reescritura no se reduce a una ficción arbitraria.

## Desarrollo

### Encadenamiento significante y retroacción

*¿Cómo se puede pensar un cuarto de hora en un minuto y medio? Te juro que ese día no había fumado ni un pedacito ni una hojita −agrega como un chico que se excusa−. Y después me ha vuelto a suceder, ahora me empieza a suceder en todas partes. Pero −agrega astutamente− sólo en el metro me puedo dar cuenta porque viajar en el metro es como estar metido en un reloj. Las estaciones son los minutos, comprendes, es ese tiempo de ustedes, de ahora; pero yo sé que hay otro, y he estado pensando, pensando…*

*Julio Cortázar - El perseguidor.*

En el decurso de la historia, las diferentes épocas y culturas han expresado una singular sensibilidad para con el tiempo. Incluso el tiempo mismo ha ido variando a través de los propios instrumentos de medición y de las tecnologías sociales. Por ejemplo, desde la geología se habla del "tiempo profundo", desde la biología de los "relojes biológicos", y desde la física de una "cuarta dimensión". A su vez, se distingue un tiempo histórico, psicológico, sociológico, filosófico y teológico.

Cada uno de estos estratos parece recortar una dimensión singular del tiempo y producir, desde allí, un saber específico sobre él. Es así que la perplejidad de este concepto no reside sólo en la multiplicidad de sus definiciones o en las transformaciones históricas de su concepción, sino en que algo de su naturaleza última se nos escapa.

Sin embargo, toda esta pluralidad de perspectivas sobre él parece compartir un mismo horizonte: el intento de dotar de sentido a un devenir siempre movedizo. De esta forma, las distintas concepciones del tiempo podrían pensarse como construcciones simbólicas que permiten orientarse en la experiencia y ordenar el mundo.

Ahora bien, reconocer el carácter construido del tiempo implica también admitir que no existe una única temporalidad, sino diversos modos de habitarla y significarla. Aunque en la vida cotidiana predomine una concepción lineal del tiempo, organizada por el calendario, la cronología y la sucesión ordenada de los acontecimientos, la experiencia analítica introduce otra lógica temporal. Allí, el pasado no aparece como un conjunto fijo de hechos simplemente relatables, sino como algo susceptible de ser resignificado a partir de lo que acontece en el presente.

Por ello, el curso mismo de un análisis comprende necesariamente una dimensión diacrónica, aunque no se trate únicamente de "contar una historia". Lo que allí se pone en juego es la posibilidad de que ciertos significantes adquieran, de manera retroactiva, un sentido nuevo. Y es justamente esa resignificación la que modifica la propia historia del

sujeto. De este modo, el acto de narrar sólo puede producir efectos porque el tiempo del sujeto no responde estrictamente a una sucesión lineal de acontecimientos.

Esta dificultad para pensar la consistencia misma del tiempo ya había sido advertida por San Agustín (1997), quien, retomando las aporías aristotélicas, se preguntaba:

> Pasado y futuro, ¿cómo pueden existir si el pasado ya no es y el futuro no existe todavía? En cuanto al presente… Si el presente para ser tiempo es preciso que deje de ser presente y se convierta en pasado, ¿cómo decimos que el presente existe si su razón de ser estriba en dejar de ser? No podemos, pues, decir con verdad que existe el tiempo sino en cuanto tiende a no ser. (p. 327).

Esta paradoja temporal encuentra una resonancia particular en la concepción de inconsciente trazada por Lacan (2015) en el Seminario 11, a saber, como algo que pertenece al orden de lo no realizado, que se manifiesta primero como algo que está a la espera, en el círculo de lo no nacido. Lacan piensa el inconsciente como una "pulsación temporal", que se abre y se cierra, emergiendo en momentos específicos como en el lapsus, los sueños o los actos fallidos.

Ahora bien, si el tiempo no se sostiene como sucesión homogénea sino que se reordena en función de estas irrupciones, lo valioso de un análisis se desplaza hacia el modo en el que es tramitado lo que del pasado puede seguir operando en el presente. Tal como plantea Lacan (2002): "Seamos categóricos, no se trata en la anamnesia psicoanalítica de realidad, sino de verdad, porque es el efecto de una palabra plena reordenar las contingencias pasadas dándole el sentido de las necesidades por venir" (pp. 248-249). Es así que lo que se conjetura del pasado en un análisis modifica también la promesa del futuro. En este sentido, el tiempo histórico del sujeto se inscribe en las leyes simbólicas del lenguaje; en tanto el inconsciente está estructurado como un lenguaje, la lógica significante subvierte toda linealidad cronológica. Un significante en cuanto tal no significa nada, sino que adquiere valor en relación con otros significantes de la cadena. Es por ello que el sentido aparece siempre de manera retroactiva.

Entonces, el método al que Freud dio el nombre de psicoanálisis, no pone el énfasis en la reconquista de los recuerdos sino en la historización, o mejor dicho, en la reescritura de la historia producida en el acto de narrar ya que: "la historia no es el pasado. La historia es el pasado historizado en el presente, historizado en el presente porque ha sido vivido en el pasado" (Lacan, 2015, p. 27).

Esta retroacción del sentido plantea entonces una cuestión central: el estatuto de aquello que permanece como marca en el presente. Del reconocimiento de la paradoja de

San Agustín surge una pregunta fundamental: ¿qué hace posible la unión de presencia y ausencia, de pasado y presente, en un mismo fenómeno?

La noción de huella permite abordar este problema en tanto introduce la idea de una presencia que remite a una ausencia. Pero, en sentido estricto, ¿qué significa dejar una huella? El diccionario de la RAE (2026) nos dice: "rastro, seña o vestigio que deja alguien o algo"; también se refiere a "la señal que deja un pie al pisar, o una impresión profunda y duradera".

La huella siempre implica una paradoja temporal, testimonia un paso, pero no conserva la presencia plena de aquello que pasó. En este sentido, funciona como un resto que introduce un trastocamiento temporal: algo del pasado insiste en el presente sin coincidir plenamente con él.

Sin embargo, una huella aislada no porta por sí misma un sentido unívoco. Sólo adquiere significación al inscribirse en una trama de relaciones que la articula con otras huellas. En este punto, la huella permite pensar la lógica del encadenamiento significante: así como un significante adquiere valor únicamente en relación con otros significantes de la cadena, una huella sólo puede ser leída a partir de la narración que la enlaza con otras marcas.

De este modo, el encadenamiento significante que se da a través de la narración podría pensarse como una operación que organiza huellas dispersas. En un análisis, no se trata solamente de verbalizar algo acerca de la propia historia, sino de poner en juego la posibilidad de narrar o de construir una historia atravesando las capas de un tiempo que deja de sostenerse como sucesión homogénea. Es allí donde el trastocamiento del tiempo no es un efecto secundario, sino la condición misma de la posibilidad de reescribir.

### Repetición y puntuación

> *Un paciente cuenta algo que dice que le pasó a los cuatro años, luego un sueño que tuvo hace dos días y luego algo que le sucedió antes de venir. En lo que dice que le pasó recién dice algo sobre el sueño que tuvo hace dos días. En lo que dice que soñó hace dos días alude a lo que dice que le pasó a los cuatro años. (Glasserman, 2021, p. 268).*

Toda narración vuelve sobre las huellas que la preceden. Sin embargo, ese retorno nunca es mera repetición de algo anterior. Lo que la narración toca, lo toca desde un después. Por ello, el trastocamiento del tiempo puede pensarse como un tras-tocamiento: una operación retroactiva mediante la cual el pasado queda articulado a

nuevos encadenamientos significantes. No se modifica lo ocurrido, pero sí aquello que, desde el presente, habrá sido. Esto es lo que Lacan (2002) llama “futuro anterior”. Es en este sentido que la historia hacia la que se orienta la técnica produce al sujeto “como siendo el que así ha sido” (p. 245). De hecho, el autor puntualiza que

> Lo que se realiza en mi historia no es el pretérito - definido de lo que fue, puesto que ya no es, ni siquiera el perfecto de lo que ha sido en lo que yo soy, sino el futuro anterior de lo que yo habré sido para lo que estoy llegando a ser. (p. 288).

La narración no se limita solamente a producir una lectura del pasado; al rearticular las huellas que lo componen en una nueva trama, altera también la promesa del futuro. Aquello que parecía fijado bajo la forma de un destino adquiere entonces la apertura propia de una historia susceptible de ser reescrita. Tal como ilustra Glasserman (2021), una escena de la infancia, un sueño reciente y un acontecimiento ocurrido un instante antes de la sesión pueden quedar articulados en una misma trama discursiva, no por su proximidad temporal, sino por los nexos que la forma de narrar establece entre ellos.

Si la narración produce una nueva trama, resulta necesario preguntarse cómo se organiza dicha trama. En efecto, no todos los elementos de una historia adquieren el mismo relieve. Algunos significantes, acontecimientos o escenas retornan de manera insistente en el decir del sujeto, estableciendo enlaces que van trastocando el orden cronológico de los hechos.

Freud (2010) advirtió tempranamente que aquello que no puede ser recordado tiende a repetirse, es decir, aquello que no es historia es repetición y destino. En este sentido, lo reprimido no se presenta como un acontecimiento definitivamente concluido, sino como algo que conserva eficacia en el presente. Por ello, señala que “no debemos tratar su enfermedad como un episodio histórico, sino como un poder actual” (p. 153).

Aquello que se repite se manifiesta en el decir del analizado. A saber, la repetición no es repetición de lo mismo. Tal como nos muestra Lacan (2015), en la clase 5 del Seminario 11: “la repetición exige lo nuevo, se vuelve hacia lo lúdico que hace de lo nuevo su dimensión” (p. 69). Es decir, no consiste en el retorno de lo mismo, sino en la insistencia de una diferencia. Por ello, no puede reducirse a la reiteración de acontecimientos o relatos idénticos. Un mismo episodio narrado en distintos momentos nunca coincide plenamente consigo mismo, así como elementos heterogéneos pueden ser leídos como parte de una misma serie. En consecuencia, la repetición no se presenta como un hecho dado de antemano, sino como un efecto que emerge de la articulación significante establecida entre distintos elementos de una narración.

De este modo, tal como esclarece Lara Lizenberg (2022), no se trata de hechos que puedan observarse de manera inmediata en la experiencia, sino de un efecto producto de determinada lectura. Aquello que se repite no está dado de antemano; se constituye como tal cuando ciertos elementos narrativos son puestos en serie y adquieren valor unos en relación con otros. La serie no se encuentra previamente escrita en los acontecimientos.

Se asemeja más bien a una trama cuyos hilos sólo se vuelven visibles a medida que determinados significantes son enlazados entre sí. Lo que se repite no es un hecho aislado, sino una forma particular de tejido que la lectura permite reconocer. Pero para que esos hilos puedan ser reconocidos como parte de un mismo tejido, no basta con que aparezcan insistentemente en el acto narrativo. Es necesaria otra operación que destaque determinadas conexiones y vuelva legibles las relaciones entre unos elementos y otros.

En este sentido, la puntuación del analista opera como una intervención que introduce un corte en la continuidad aparente del discurso. Lejos de añadir nuevos elementos narrativos, produce una detención que modifica la manera en que aquello narrado puede ser escuchado. Al destacar determinados significantes sobre el fondo de la trama narrativa, la puntuación introduce diferencias de relieve entre unos elementos y otros, haciendo posible que ciertas conexiones se vuelvan visibles.

Es así que puede pensarse como una modalidad del tras - tocamiento del tiempo en análisis. Aquello que ya había sido narrado es vuelto a tocar desde un después que no añade nuevos acontecimientos a la historia, pero sí altera la manera en que éstos se enlazan. La intervención puntual sobre un fragmento del discurso puede producir efectos sobre el conjunto de la trama, habilitando nuevas articulaciones y nuevas posibilidades de narración. La puntuación, al igual que la repetición, permiten la producción de lo nuevo, precisamente porque el sentido nunca está completamente fijado por la intención de quien narra.

En efecto, la repetición y la puntuación no encuentran su valor únicamente en el hecho de hacer retornar determinados elementos del pasado, sino en la posibilidad de escribirlos en una trama diferente. Esta posibilidad está dada por una apuesta que se juega: que alguien crea que las palabras que dice tienen un valor más allá de lo que dicen.

No se trata simplemente de recuperar recuerdos olvidados, al modo de un baúl de los recuerdos, sino de producir nuevas articulaciones entre los significantes que componen la historia del sujeto.

Si la repetición permite localizar aquello que insiste y la puntuación introduce cortes que reorganizan la trama, el resultado de estas operaciones no consiste

únicamente en producir una nueva narración. Lo que comienza a configurarse es otra modalidad de inscripción de la historia del sujeto: una escritura.

Es en este sentido que repetición y puntuación no son fenómenos accesorios del trabajo analítico, sino que constituyen condiciones de posibilidad para la historización. Mientras la repetición permite localizar aquello que insiste en distintas escenas y momentos de la vida del sujeto, la puntuación introduce cortes que hacen legibles esas insistencias. Ambas operaciones contribuyen a la producción de una trama que no coincide con el orden cronológico de los acontecimientos, sino con la lógica singular mediante la cual éstos adquieren valor para el sujeto.

Desde esta perspectiva, la historización supone también una transformación del estatuto mismo de la narración. Aquello que inicialmente se presenta como una sucesión dispersa de recuerdos, escenas o asociaciones puede adquirir una nueva consistencia a partir de las operaciones de lectura y puntuación que tienen lugar en el análisis. Tal como señala Bernal (2012), la puntuación no sólo modifica el sentido de lo dicho, sino que vuelve legible algo de la estructura que organiza el discurso del sujeto.

En este sentido, la historia que se construye en análisis no es únicamente narrada; es también escrita. No porque se produzca un registro material de los acontecimientos, sino porque determinados significantes adquieren una fijación relativa que permite leer la posición de un sujeto. La escritura designa aquí el resultado de un trabajo de articulación mediante el cual las huellas, las repeticiones y los cortes dejan de presentarse como elementos dispersos para integrarse en una trama susceptible de ser leída.

Es en este punto donde el tras-tocamiento del tiempo se vuelve condición de la reescritura: sólo porque un acontecimiento puede ser leído desde otro momento, sólo porque una escena puede ser alcanzada por significantes que provienen de un después, resulta posible que algo de la historia se modifique.

La historia que se escribe en un análisis no pertenece por completo a quien la cuenta ni a quien la escucha; emerge en el entrecruzamiento de ambas posiciones, allí donde el acto de narrar produce un más allá de lo que el sujeto sabe que dice.

## Fijación y ficción

*Ahora que los ladros perran*
*ahora que los cantos gallan*
*ahora que albando la toca*
*las altas suenas campanan*
*y que los rebuznos burran*
*y que los gorjeos pájaran*
*y que los silbos serenan*
*y que los gruños marranan.*

- *José Manuel Marroquín*

Si la historia del sujeto se construye en el lenguaje, ¿qué distingue una reescritura analítica de una mera ficción arbitraria? Como plantea Miller (2023), siguiendo la enseñanza de Lacan, el drama de lo humano radica en que la referencia en la lengua falta. Es decir, el sentido nunca se encuentra garantizado de una vez y para siempre. Desde esta perspectiva, parecería que toda historia podría narrarse indefinidamente de otras maneras y que ninguna interpretación tendría mayor estatuto que otra. Sin embargo, el psicoanálisis no se reduce a una libre producción de narraciones. La pregunta que se impone, entonces, es cómo pensar una reescritura que no se sostenga ni en la recuperación de una verdad oculta ni en la invención arbitraria de un sentido.

Es precisamente ante esta tensión donde Lacan (2012) propone el neologismo "*fixión"*. Lejos de tratarse de un simple juego de palabras entre ficción y fijación, el término intenta nombrar una operación específica del trabajo analítico. Si toda historia comporta una dimensión ficcional, ello no implica que pueda construirse de cualquier manera. La reescritura analítica nunca parte de una hoja en blanco, más bien encuentra su límite en las fijaciones significantes que insisten para un sujeto. La introducción de este neologismo permite interrogar la relación entre la dimensión ficcional de toda historia y las fijaciones significantes que, para cada sujeto, delimitan sus posibilidades de reescritura.

La tensión entre ambas categorías reside precisamente en que ninguna puede pensarse sin la otra. Allí donde la fijación detiene la deriva infinita del sentido, la *fixión* impide que esa detención se transforme en un destino.

Podría decirse que la imagen de una mano de cartas ilustra esta relación: al repartir nadie elige las cartas que recibe; del mismo modo, ningún sujeto decide las marcas significantes que lo constituyen. La apuesta del análisis no consiste en cambiar las cartas que ya fueron repartidas, sino en hacer posible otra manera de jugarlas.

Como plantea Rabant (1993), en análisis se da un trabajo de desescritura o de des-destinación. Aquello que parecía inscripto de una única manera puede ser vuelto a leer y, por ello, escrito de otra. No se trata de borrar las marcas significantes que constituyen la historia del sujeto, sino de hacer vacilar la relación que éste mantiene con ellas, abriendo un margen para una nueva articulación. Ese margen de libertad no supone una independencia respecto de las fijaciones significantes, sino la posibilidad de hacer un uso singular de ellas.

Entonces, ¿cómo puede surgir algo nuevo allí donde el sujeto parece encontrarse fijado? La invención se hace con los materiales que hay. El analista no agrega cartas. No trae significantes nuevos. El analista es el que equivoca lo equívoco.

Equivocar lo equívoco no significa introducir un nuevo sentido allí donde el sujeto no lo encontraba. Tampoco consiste en sustituir una historia por otra supuestamente más verdadera. La interpretación analítica opera, más bien, sobre aquello que el lenguaje ya contiene de equívoco. Allí donde el sujeto cree decir una única cosa, la intervención analítica hace vacilar la ilusión de un sentido unívoco y permite escuchar que hay un decir que siempre excede a lo dicho. En este punto, el equívoco no funciona como un juego de ingenio ni como una multiplicación ilimitada de significaciones. Su valor clínico reside en trastocar aquello que permanecía fijado en una determinada lectura.

El poema de José Manuel Marroquín que abre este apartado ilustra esta lógica. Su efecto depende del modo en que desorganiza las relaciones que la lengua nos ha habituado a considerar estables. Al trastocar la articulación entre las palabras, produce un decir inesperado a partir de la misma lengua.

En este sentido, no hay invención arbitraria porque la materia prima nunca cambia. Los significantes que constituyen la historia del sujeto permanecen siendo los mismos; lo que se transforma es la lectura que los enlaza. La invención analítica no crea ex nihilo, sino que produce un saber hacer con aquello que insiste como fijación. Las fijaciones significantes no constituyen aquello de lo que habría que desprenderse para alcanzar una supuesta libertad, por el contrario, son el punto mismo desde el cual una invención singular puede tener lugar. Sólo porque existe una fijación es posible que el equívoco produzca un desplazamiento.

Como señala Marcelo Barros (2017):

> el equívoco es la condición de la producción poética. No puede haber creación de un nuevo sentido sin el sentido que se da por establecido, y que el nuevo justamente viene a conmover. ¿Puede haber herejía, es decir, elegir una desviación, si no es porque existe una ortodoxia que se pueda torcer? ¿Habría desvío o atajo si no hubiese calle principal? (parr. )

Es en este punto donde entra en juego el neologismo lacaniano *fixión*. No designa una ficción más verdadera ni una narración destinada a reemplazar otra anterior. Nombra, más bien, una invención que sólo puede producirse a partir de aquello que permanece fijado. La ficción analítica encuentra su límite en ese resto que resiste toda narración completa y que impide que la historia se vuelva una narración cerrada sobre sí misma. Precisamente porque existe ese punto de imposibilidad, la historia puede escribirse de otro modo sin convertirse en una invención arbitraria.

La *fixión* no designa simplemente una modalidad de la ficción, sino una transformación en la relación del sujeto con ella. La historia continúa siendo una construcción narrativa, pero deja de funcionar como un relato destinado a garantizar definitivamente el sentido de la experiencia.

La narración que el sujeto construye durante un análisis resulta necesaria. Es a través de ella que puede reordenar retroactivamente las huellas de su historia o producir nuevas. Sin embargo, el final de la experiencia no consiste en quedar definitivamente capturado por ese nuevo relato. Lo que se transforma no es únicamente la historia narrada, sino la posición desde la cual el sujeto la habita. Allí donde la ficción deja de ofrecer una garantía última del sentido, puede comenzar a inventarse un saber hacer con aquello que, de lo real, permanece irreductible.

La invención analítica permanece limitada por las fijaciones significantes y transforma la posición del sujeto respecto de ellas. La *fixión* nombra precisamente esa operación, una invención que no desconoce aquello que insiste, sino que produce un modo singular de hacer con ello.

**Reflexiones finales**

A lo largo de este recorrido, la pregunta que orientó el trabajo fue tomando una forma cada vez más definida. No se trató simplemente de describir la temporalidad propia del análisis, sino de pensar por qué sólo allí donde el tiempo se trastoca puede producirse una reescritura de la historia.

El desarrollo permitió mostrar que la operación analítica no modifica el pasado ni descubre una verdad oculta que estaba intacta esperando a ser revelada. Tampoco produce una historia más verdadera ni habilita la invención arbitraria de cualquier relato. Lo que se transforma es la posición desde la cual el sujeto puede habitar la historia.

En este punto, el recorrido realizado nos permite situar una paradoja. Aquello que al comienzo de un análisis parece constituir el principal obstáculo para la transformación - la repetición y la fijación, es decir, aquello que insiste en el tiempo - termina revelándose como su condición de posibilidad. Si nada retornara, si nada permaneciera fijado, tampoco habría nada que pudiera ser leído de otro modo. La repetición, como una subcategoría de tiempo, pero también podría ser de narración, es precisamente lo que hace posible que una nueva lectura tenga lugar.

Desde esta perspectiva, trastocar el tiempo no significa alterar el orden de los acontecimientos, sino permitir que un después vuelva sobre un antes y conmueva las significaciones que parecían definitivamente establecidas. Como en los relojes de Dalí, el tiempo no desaparece ni deja de marcar una hora, sino que se deforma. Del mismo modo, la historia del sujeto no es reemplazada por otra, sino que puede llegar a escribirse desde una lógica diferente.

Mientras leía sobre tiempo, narración y experiencia analítica, volví a encontrarme con una conocida afirmación de Sócrates, transmitida por Platón: "Una vida no examinada no merece ser vivida". Quizás el psicoanálisis permita leer esa frase desde una perspectiva singular. Retomo esta especie de máxima para hacer hincapié en la palabra examinar. Examinar una vida, en este encuadre, no consiste únicamente en recordar, ni en ordenar cronológicamente acontecimientos. Más bien, supone volver sobre ellos desde un después capaz de conmover las significaciones que habían quedado fijadas. En ese movimiento retroactivo se juega precisamente el “tras” del trastocamiento que en este trabajo intenté pensar.

Quizás, entonces, lo que vuelve digna una vida no sea la sucesión de los hechos que la constituyen, sino la posibilidad de que la historia que el sujeto narra sobre ellos nunca quede definitivamente clausurada. Allí donde el tiempo deja de ser una línea para convertirse en una trama susceptible de reescritura. Esto posibilita que el pasado deje de funcionar únicamente como destino y se abre la posibilidad de una posición subjetiva diferente.

En este sentido, la reescritura no constituye un resultado definitivo ni una versión final de la propia historia. Si el sentido se produce retroactivamente y nunca queda fijado de una vez y para siempre, tampoco la historia puede clausurarse como una narración acabada. Cada nueva posición del sujeto frente a aquello que vivió abre la posibilidad de nuevas articulaciones, sin que ello implique desconocer los acontecimientos ni borrar las marcas que dejaron. Tal vez allí resida una de las particularidades más fecundas de la experiencia analítica; no promete liberarse del pasado, sino modificar el modo en que ese pasado insiste en el presente.

La historia deja entonces de operar únicamente como destino para convertirse en un espacio donde algo puede encontrar una inscripción diferente. Desde esta perspectiva, el análisis nos invita a asumir que toda narración está atravesada por un resto que escapa al sentido y que, precisamente por ello, mantiene abierta la posibilidad de seguir escribiéndose. Es en esa apertura donde la temporalidad analítica encuentra su singularidad un tiempo que no avanza simplemente hacia adelante, sino que hace posible que el pasado sea leído una y otra vez desde un presente diferente, produciendo efectos inéditos sobre la posición del sujeto.

No alcanza con tener una historia. Tal vez sea precisamente la posibilidad de un final la que vuelva posible que una vida pueda ser narrada como historia. La muerte introduce un límite ahí donde, de otro modo, el tiempo podría prolongarse indefinidamente. No se trata de pensarla únicamente como aquello que pone término a la vida, sino como aquello que hace visible su carácter finito y, con ello, la posibilidad de historizarla. Si una historia pudiera escribirse infinitamente, sin ningún límite que la interrumpiera, quizás nunca llegaría a constituirse como tal. Es porque existe un final posible que cada presente puede adquirir el valor de un después respecto de lo vivido y que el pasado puede ser leído desde nuevas posiciones. La muerte, entonces, no clausura únicamente una historia, también señala el límite que permite que algo pueda ser contado como historia. En este sentido, la posibilidad de reescritura no implica una apertura ilimitada, sino una apertura que se sostiene sobre un límite.

Lo específicamente analítico no es tener una historia, sino que pueda volver a escribirse. Quizás el trastocamiento del tiempo no nombre otra cosa que la posibilidad de que un después vuelva a tocar un antes, y de este modo hacer posible un porvenir diferente.

**Referencias bibliográficas**


Barros, Marcelo (2017). Inconsistencia y equívoco. *ANCLA. Revista de la Cátedra II de Psicopatología, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.* https://psicopatologia2.org/ancla/Ediciones/007/index.php?file=Orientaciones/Inconsistencia-y-equivoco.html

Bernal, Hernando (2012). La puntuación hace legible el inconsciente. *Blog de psicoanálisis lacaniano.* https://bernaltieneunblog.wordpress.com/2012/02/22/334-la-puntuacion-hace-legible-al-inconsciente/

Cortázar, Julio. (s. f.). *El perseguidor*. Universidad Complutense de Madrid. https://www.ucm.es/data/cont/docs/119-2014-02-19-Cortazar.ElPerseguidor.pdf

Freud, Sigmund (2010). Recordar, repetir y reelaborar. En *Obras completas* (Vol. XII, pp. 145-157). Buenos Aires: Amorrortu.

Glasserman, Daniel (2021). La Historia como tiempo actual en el espacio analítico. *Psicoanálisis, Volumen XLIII.* pp. 263-280. https://www.psicoanalisisapdeba.org/wp-content/uploads/2021/11/19.-GLASSERMAN-EDIT.pdf

Lacan, Jacques (2002). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En Escritos 1. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Lacan, Jacques (2008). Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, Jacques (2012). El atolondradicho. En *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, Jacques (2015). Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós.

Lizenberg, Lara (2022). Material inédito. Clases.

Marroquín, José Manuel (s. f.). La serenata. *Poemario*. https://poemario.com/serenata/

Miller, Jacques - Alain. (2023). Teoría de lalengua. *Lo que hablar quiere decir: referencias comentadas*. Jornadas de Escuela de la Orientación Lacaniana. https://decir.jornadaselp.com/referencias-comentadas/comentario-a-teoria-de-lalengua/

Rabant, Claude. (1993). Inventar lo real. La desestimación entre perversión y psicosis. Buenos Aires: Nueva Visión.

San Agustín (1997). Confesiones. Barcelona: Altaya.